

La decadencia económica de Rusia y las lecciones para América Latina*

Por Carlos M. TUR DONATTI**

DOS ESPECIALISTAS ESPAÑOLES en las economías de los países que integraban la antigua Unión Soviética, Rafael Fernández y Enrique Palazuelos, acaban de publicar un valioso y documentado libro sobre *La decadencia económica de Rusia*, en la editorial madrileña Debate.

Resulta doblemente satisfactorio revisar este texto, escrito originalmente en nuestra lengua, y comprobar su riguroso nivel académico para exponer y analizar un proceso tan complejo y trascendente en el mundo de hoy. Libro redactado en una prosa accesible, con la declarada intención de llegar a un público amplio y contribuir a la discusión, tan necesaria como apasionante, sobre la disolución del “socialismo real” y la realidad postsoviética.

Fernández y Palazuelos, si bien enfocan su indagación sobre el campo de lo económico, no dejan de considerar los aspectos sociales ni los manejos del poder desde la disolución de la Unión Soviética hasta los primeros años de la presidencia de Vladimir Putin. Con actitud crítica y democrática señalan responsables políticos y sectores beneficiados por la instauración de una economía definida por las tres *d*: destructiva, depredadora y delictiva.¹

Para los lectores latinoamericanos resulta de gran interés comprobar que el dogmatismo del Fondo Monetario Internacional, y el aplauso de la prensa y los gobernantes de los países centrales, condujeran a resultados económico-sociales similares a los padecidos actualmente en Argentina. Para realidades tan disímiles como las del país sudamericano y la Rusia postsoviética el FMI aplicó el mismo esquema, con resultados análogos: hundimiento de la producción, crisis financiera, descomposición del orden social, inestabilidad laboral y empobrecimiento para las mayorías.

Sin embargo, la experiencia rusa tiene rasgos que le son propios y que, en buena medida, se derivan de su historia previa. La política de privatizaciones no benefició a los inversionistas extranjeros como en

* Agradezco la colaboración de Carlos Andrés Aguirre Álvarez.

** Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <cmt_d_38@hotmail.com>.

¹ Enrique Palazuelos y Rafael Fernández, *La decadencia económica de Rusia*, Madrid, Debate, 2002, p. 9.

Argentina: en Rusia el asalto a la propiedad estatal lo realizaron los antiguos burócratas del aparato soviético, reconvertidos en políticos “democráticos” y en poderosos empresarios bajo la presidencia de Boris Yeltsin.

De estos auténticos campeones de la vía cleptocrática al capitalismo, escriben nuestros especialistas:

Victor Chernomirdin, que fue primer ministro durante más de cuatro años, parece haber acumulado una fortuna calculada en 5 000 millones de dólares, que ha estado ligada a la principal empresa del país, Gazprom, de la cual había sido máximo dirigente al final del periodo soviético. Pável Borodin se convirtió en uno de los hombres más ricos de Rusia después de desempeñar durante años el cargo de responsable de la Administración Presidencial para la gestión de los bienes estatales. Anatoli Chubais, el interlocutor favorito del gobierno de Estados Unidos y de los organismos internacionales, se ha enriquecido al compás de su paso por sucesivos cargos en el gobierno —entre ellos, el de ministro para la Privatización— y en la Administración Presidencial, ocupando en la actualidad la presidencia de la segunda empresa del país: EES Rosiie. Piotr Aven fue ministro de Comercio Exterior durante los primeros años de la reforma y, por tanto, era el máximo responsable de las exportaciones de energía y de la concesión de licencias para la exportación; cuando dejó el gobierno pasó a dirigir Alfa Group, uno de los grandes grupos financiero-industriales.²

Actualizando la información con respecto a Piotr Aven, hay que agregar que una de sus empresas fletó el tristemente famoso tanquero *Prestige*, cuyo naufragio causó el desastre ecológico del que se han ocupado por semanas los medios de comunicación.

Para redondear una apreciación de la magnitud del saqueo perpetrado por esta nueva oligarquía, faltaría agregar que se adueñaron de activos públicos por 200 000 millones de dólares, pagando sólo 7 000 millones de dólares:³ o dicho de otra forma, abonaron 3.5 dólares por cada 100 dólares, capitalizados por el esfuerzo colectivo de décadas. Para los trabajadores, en escandaloso contraste, entre 1992 y 2000 el salario real retrocedió 60%,⁴ con lo que la estructura social comenzó a ofrecer un contraste radical, entre un reducido segmento multimillonario y amplios sectores empobrecidos.

El descenso del gasto público dedicado a la prestación de servicios sociales (educación, salud, cultura) ha llegado a casi un tercio en la

² *Ibid.*, pp. 205-206.

³ *Ibid.*, p. 203.

⁴ *Ibid.*, p. 215.

década mencionada, mientras aumentaba con rapidez el número de personas cuya situación requería de esos apoyos públicos. Los autores explican las razones de tal contradicción: “Agobiados por la necesidad de reducir el déficit presupuestario y presionados por el pago de los intereses de la deuda pública, los dirigentes del país han eludido sus responsabilidades sociales con la mayoría de la población dejándola abandonada a su [mala] suerte”.⁵

La desigual distribución de la renta y la disminución de la protección social han incidido muy negativamente sobre la mayoría de la población. Fernández y Palazuelos ejemplifican: entre 1991 y 1999 el consumo de carne por habitante cayó 20%, de productos lácteos 35% y de pan 10%; la asistencia a teatros ha descendido 45% y 70% la compra de libros.⁶

Encuanto a la salud pública el panorama es sencillamente alarmante, por no decir aterrador. La esperanza de vida de la población se ha reducido casi en cinco años en la década pasada, ha aumentado la incidencia de las enfermedades respiratorias e infecciosas, y el agravamiento del alcoholismo provoca 35 000 muertes cada año. Todo este panorama reciente y lamentable ha precipitado, para concluir, una reducción paulatina del volumen de la población: de 148.5 millones en 1991 a menos de 145 millones en 2000, a pesar del aporte inmigratorio precedente de las ex repúblicas soviéticas.⁷

Esta auténtica regresión social no resulta sorprendente hoy en América Latina. Los medios masivos informan de la muerte por desnutrición de decenas de niños en Argentina, cuya economía produce alimentos para sostener una población diez veces mayor que la que actualmente habita el país sudamericano.

En el mundo de principios del siglo XXI, en vista de estas auténticas catástrofes sociales y las atosigantes referencias al “terrorismo internacional”, cabe preguntar si los artífices de la estrategia neoliberal no practican una inédita y contundente forma de terrorismo. Más que tecnócratas están resultando ser tecnogenocidas o tecnoterroristas más letales por cierto que el fantasmal Bin Laden y su famosa red.

Otra interrogante ineludible hoy desde América Latina —a principios del 2003, cuando parece revertirse la oleada neoliberal y las políticas del Fondo Monetario son crecientemente resistidas— es si países como Rusia y Argentina no podrían haber ensayado otros caminos menos dolorosos y destructivos.

⁵ *Ibid*, p. 217.

⁶ *Ibid*, p. 218.

⁷ *Ibid*, pp. 218-219.

Joseph E. Stiglitz, ex vicepresidente del Banco Mundial y reciente Premio Nobel, en su exitoso libro *Malestar en la globalización* compara el desastre ruso y el éxito de la transición polaca. En un artículo de Grzegory W. Kolodko, ex viceprimer ministro y ministro de hacienda polaco, publicado en *The New York Times* el 7 de julio de 1998, se ofrece una clave decisiva para demostrar que no existe un camino único:

Hubo otra faceta de nuestro éxito igualmente importante. Polonia no buscó la aprobación de la comunidad financiera internacional. En vez de ello, intentamos que los ciudadanos polacos apoyaran las reformas. Los salarios y pensiones fueron pagados y ajustados a la inflación. Hubo prestaciones por desempleo. Respetamos nuestra propia sociedad mientras negociamos duro con los inversores e instituciones financieras internacionales.⁸

La experiencia polaca, abundamos, no es única:

Hungría, Eslovenia y Polonia han demostrado que las políticas gradualistas son menos dolorosas a corto plazo, dan pie a una estabilidad social y política mayor, y a un crecimiento acelerado a largo plazo. Parece que en la carrera entre la tortuga y la liebre, la tortuga ha vuelto a ganar. Los reformadores radicales, sean alumnos modelo como la República Checa o algo revoltosos como Rusia, han perdido.⁹

Dicho de otra forma y sin coincidir totalmente con Stiglitz, el hundimiento de la producción, la descomposición social y la vulnerabilidad de Rusia ante la economía mundial, que describen Fernández y Palazuelos, podrían haberse evitado, o al menos, atemperado. El Consenso de Washington no indica el único e inevitable camino para cualquier sociedad, sea Rusia o Argentina.

Estas comprobaciones resultan hoy importantes para América Latina y, en particular, para las fuerzas democráticas argentinas. La crisis generalizada, producto del estallido de la estrategia neoliberal de Domingo Cavallo, está siendo contenida; no se ha hundido catastróficamente el sistema bancario ni se ha disparado en forma incontenible la inflación, a pesar de los augurios siniestros que proferían los economistas ligados al *establishment* financiero.

Argentina está recomponiendo su economía y restaurando su red financiera, aunque persistan problemas de todo tipo y esta situación se exprese en una innegable fragilidad social y política, por su propio

⁸ Joseph E. Stiglitz. *Malestar en la globalización*. Madrid, Taurus, 2002, p. 230.

⁹ *Ibid.*, p. 238.

esfuerzo y con tardío apoyo de los organismos financieros internacionales. Es más, a pesar de la sucesión de condicionamientos chantajistas que ha impuesto el FMI, con la finalidad no confesada de castigar a un país que declaró la moratoria y evitar que se propague el ejemplo, y que el gobierno provisional de Eduardo Duhalde ha terminado aceptando. Pero esta política de contención de los efectos más perniciosos de la crisis y de perder todo rasgo de dignidad y autonomía nacionales ante el Fondo ¿cuánto tiempo podrá mantenerse?, ¿podrá ser continuada por un futuro gobierno legitimado por las urnas?

Las expresiones periodísticas y políticas pidiendo la formulación de una política industrial, una redistribución democrática del ingreso y la renacionalización de las empresas estratégicas y los servicios públicos, están planteando hoy en Argentina la urgencia de reconstruir el Estado, recuperando autonomía política y capacidad de regulación.

Estas propuestas defensivas que se discuten actualmente en Argentina guardan notable similitud con las políticas que está implementando en Rusia el presidente Vladimir Putin. En la última parte de su libro, Fernández y Palazuelos se preguntan si no se ha iniciado una nueva época en la historia rusa. Es evidente que Putin quiere lograr una clara centralización y fortalecimiento del Estado, superando la fragilidad que le era característica durante la gestión de Boris Yeltsin. El enfrentamiento del mandatario moscovita con los oligarcas Berezovski y Gusinski, y el control oficial que ha establecido sobre sus cadenas televisivas, como la creación de siete grandes distritos administrativos que abarcan todo el territorio de la Federación, quitando poder a los dirigentes que se habían atrincherado en las regiones ante la debilidad de Yeltsin, son políticas que tienden al claro objetivo de fortalecer y centralizar la autoridad en Moscú.

A pesar de la destrucción sufrida y del actual primitivismo de la economía rusa, desde fines de 1998 se comprueba un repunte en la actividad productiva y en la situación financiera del Estado. El crecimiento de la producción industrial y el fuerte impulso exportador, la estabilidad del rublo y la disponibilidad de una buena reserva de divisas permiten al gobierno ruso negociar la deuda externa con mayor firmeza, pagar sus adeudos internos y obtener superávit en el presupuesto federal. Estos resultados se han logrado por una incipiente reconstrucción del poder estatal y una gestión más pragmática y mejor coordinada. El dogmatismo suicida y la subordinación a los condicionamientos externos que definieron a los gobiernos de Gaidar y Chernomirdin se están abandonando, y hoy los analistas se preguntan si no asistimos a un renacimiento de la potencia rusa.

Las lecciones para América Latina, y en particular para Argentina, resultan de enorme valor en la coyuntura. En dicho país los pronósticos intimidantes de los economistas del capital financiero internacional han sido desmentidos por los hechos. La caída libre de la producción y una hiperinflación incontenible no se han verificado; se ha fortalecido la banca oficial y la actividad productiva repunta desde hace varios meses. Todo este panorama levemente esperanzador, a pesar de la inestabilidad social, la incertidumbre política y la carencia de una estrategia de promoción industrial, se ha logrado en medio de los continuos chantajes y dilaciones del FMI: se puede afirmar que pese al Fondo.

Rusia y Argentina, que durante el siglo xx, guardando proporciones y diferencias, intentaron vías de construcción de una sociedad alternativa o independiente del *American way of life*, hoy ofrecen ejemplos contundentes de la destrucción a que empuja la globalización neoliberal.

La experiencia reciente de estos países demuestra la urgencia de reconstruir el Estado para frenar la depredación, atender las necesidades sociales y crecer para adentro. Es más, concluyendo y retomando una sugerencia de Stiglitz ¿no ha llegado la hora para las fuerzas democráticas en todo el mundo de exigir la desaparición de ese implacable gendarme global conocido como Fondo Monetario Internacional?